

# SERMON

QUE EN LA

## DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA

DEL AÑO DE 1864,

PRONUNCIÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA

DE GRANADA,

EL

**Sr. Dr. D. Antonio Sanchez Arce y Peñuela,**

Dignidad de Chantre en la misma Santa Iglesia,

y Predicador de S. M.



BIBLIOTECA UNIV.	
- GRANADA -	
Sala	C
Estante	38
Número	54 (1)

*Con la licencia necesaria.*

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSÉ MARIA ZAMORA.

1864.

C  
002  
001  
(1)

*Alva Polo* 22 AGOS. 93



---

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni  
verbo quod procedit de ore Dei.*

MATH. IV. 4.

El hombre no vive solamente de pan, sino  
de toda palabra que sale de la boca de Dios.

---

EXCMO. É ILMO. SEÑOR :

Necesario es estudiar nuestra manera de ser en la sociedad en que vivimos, y estudiándola comprenderemos mejor las causas de ese malestar que aqueja á todas las clases, y comprendiéndolas, yo no dudo que habremos de trabajar en removerlas. Todos los dias oimos decir que nuestro siglo es el siglo de las luces, el siglo de los adelantos y del progreso. Y en efecto; nos vemos obligados á confesar, y confesamos de buen grado, las conquistas que en él ha hecho y hace la inteligencia humana para mejorar la condicion material de los pueblos. Los descubrimientos modernos para beneficiar la tierra, la hacen mas productora. El comercio ha recibido un impulso vigoroso con las vias férreas que ponen en comunicacion á los pueblos y á las naciones entre si para prestarse recíprocamente sus productos. El vapor, alimentando las máquinas, ha favorecido la industria desarrollándola admirablemente. La aplicacion de la electricidad á esos alambres que con la velocidad del pensamiento, comunican el pensamiento á los mas remotos países, hace obrar con prontitud y casi simultáneamente á tantas empresas como hoy ha

Al Sr. D. Joaquin de Moya, su cony.<sup>o</sup>

Yo Doctor

---

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni  
verbo quod procedit de ore Dei.*

MATH. IV. 4.

El hombre no vive solamente de pan, sino  
de toda palabra que sale de la boca de Dios.

---

EXCMO. É ILMO. SEÑOR :

Necesario es estudiar nuestra manera de ser en la sociedad en que vivimos, y estudiándola comprenderemos mejor las causas de ese malestar que aqueja á todas las clases, y comprendiéndolas, yo no dudo que habremos de trabajar en removerlas. Todos los dias oimos decir que nuestro siglo es el siglo de las luces, el siglo de los adelantos y del progreso. Y en efecto; nos vemos obligados á confesar, y confesamos de buen grado, las conquistas que en él ha hecho y hace la inteligencia humana para mejorar la condicion material de los pueblos. Los descubrimientos modernos para beneficiar la tierra, la hacen mas productora. El comercio ha recibido un impulso vigoroso con las vias férreas que ponen en comunicacion á los pueblos y á las naciones entre sí para prestarse recíprocamente sus productos. El vapor, alimentando las máquinas, ha favorecido la industria desarrollándola admirablemente. La aplicacion de la electricidad á esos alambres que con la velocidad del pensamiento, comunican el pensamiento á los mas remotos países, hace obrar con prontitud y casi simultáneamente á tantas empresas como hoy ha

creado la actividad humana. ¡Tantas sociedades de mútuos socorros para subvenir á las necesidades y vicisitudes de la vida! ¡Tantas obras de utilidad pública! ¡Tantos medios para ocurrir á lo necesario y á las comodidades del hombre...! ¿Qué sé yo? cuanto vosotros sabeis existe para satisfacer lo que piden las necesidades materiales.

Y sin embargo; ¡tan agitadas las naciones por las discordias y las guerras mas sangrientas! ¡Tan conmovidos los pueblos por las disensiones y las banderías! ¡Tan alteradas las familias, que apenas se encuentran en ellas la paz y el bienestar! Matrimonios corrompidos por el adulterio y el divorcio; hijos que se sublevan á cada instante contra la autoridad paterna; padres de familia que desatienden esta, ó la violan con sus excesos; contratos ilícitos y sin fe; deslealtad en los amigos; abusos de confianza y hurtos; embriaguez y disolucion; profanacion de las cosas santas; é impiedad, irreligion, blasfemia... ¿Qué dice todo esto? Dice lo que acabamos de oír de boca del sacerdote de Jesucristo, repitiendo las mismas palabras de este Señor Maestro y Legislador de las naciones: «que el hombre no vive de solo pan;» que el hombre necesita algo mas, mucho mas, que lo que recrea y satisface sus sentidos, y fomenta y engrandece sus intereses materiales; que necesita lo que alimenta, y nutre, y vivifica su espíritu, y este alimento es la palabra creadora, luminosa, benéfica y saludable que procede de la boca de su Dios. *Non in solo pane...*

Y cuando al par de tan gran desenvolvimiento de los elementos materiales, advertimos tanta degradacion de los principios sacrosantos de la moral, ¿deberemos permanecer indiferentes ante ese deplorable y peligroso contraste? Y cuando los esfuerzos de la razon humana, estraviada por las pasiones, no alcanzan á equilibrar, mejor dicho, á evaluar los goces de los sentidos, y los goces altísimos del alma, y darles la importancia que unos y otros deben tener, ¿habremos de continuar viendo con criminal apatía ese desnivelamiento que nos lleva á grandes males? No, A. H. M.; nuestro ser es un compuesto de materia y de espíritu, y nuestro espíritu tiene sus aberraciones y apostasias; sus buenos instintos, y sus creencias y sus convicciones, y debemos pensar seriamente en armonizar nues-

tras necesidades, en moderar nuestras pasiones, en buscar la paz del corazón y asegurar nuestro porvenir eterno, si no queremos pasar por insensatos, y hacernos desdichados para siempre.

Convencido íntimamente de estas importantes verdades, ilustrado al mismo tiempo por las luces de la verdad católica, de la fe divina que es el faro que debe alumbrarnos en nuestro rumbo hacia la eternidad, y ocupando, aunque inmerecidamente, esta sagrada cátedra de donde parten las enseñanzas saludables del cielo, yo no puedo dispensarme de llamar vuestra benévola atención, y de interesar vuestro generoso corazón á que estudiéis desapasionadamente dos verdades que pienso desarrollar en este discurso, á saber: «La palabra de Dios es la vida de la inteligencia y del corazón. Esta divina palabra debeis oirla, y oirla con respeto y docilidad.» *Non in solo pane vivit homo....*

Confieso, Excmo. é Ilmo. Señor, mi insuficiencia para encomiar dignamente esa palabra que procede del mismo Dios, y para inculcaros el sagrado deber de acatarla y prestarle todo vuestro corazón. Empero confiado humildemente en la asistencia que ese mismo Señor comunica á los que la anuncian, espero conseguir esta auxiliado de vuestras súplicas y de la intercesion siempre poderosísima de la Virgen inmaculada Madre de Dios, á quien interesaremos diciéndole con el Arcángel:

## AVE MARIA....

### I.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Hay en el hombre dos aspiraciones que incesantemente le agitan: la aspiracion de los goces materiales; la aspiracion de los goces del espíritu. Aquella grosera, sensual, puramente terrena, como lo es su cuerpo. Esta elevada y noble como su alma, y que se dirige á regiones harto distantes de la tierra. La una se satisface cuanto es posible con la materia, con el positivismo. La otra la llena cumpli-



damente la palabra de Dios con su luz purísima y con su virtud vivificadora.

Jesucristo, nuestro adorable Maestro, tentado en el desierto por el demonio, invitándolo á que convirtiese las piedras en pan para saciar el hambre que lo apremiaba, (¡como si Él no fuese el pan de vida que bajó del cielo!) ha deslindado la importancia de una y otra aspiración. ¡Dichosos nosotros si tomamos enseñanza de sus elocuentes y saludables palabras! «El hombre no vive solamente de pan, nos ha dicho, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

Cuando los hombres ceden lastimosamente á esa tentación del infierno, creyendo que los bienes materiales lo son todo para su vida, caen en el materialismo más grosero, se inclinan á la idolatría de los sentidos; no viven sino para el tiempo, y su vida espiritual es raquítica, turbada por agitaciones frecuentes, y demasiado breve. Cuando resisten esa tentación, persuadidos de que tienen un alma en quien refleja la imagen de Dios; que ellos son de Dios, y que viven para Dios, entonces oyen la palabra de Dios, y esa vida es vigorosa, tranquila como la del justo, duradera como la de los ángeles; porque esa palabra ilustra las inteligencias, y es la sabia que alimenta el corazón. *Non in solo pane vivit homo....*

Pues bien: Jesucristo, queriendo inculcar estas verdades salvadoras á los hombres, ha dicho anticipadamente por Isaias: «Oh vosotros todos los que teneis sed de la verdad, y codiciáis la ciencia de la salud, venid á saciar vuestra sed en las aguas de mi doctrina y de mi gracia.» *Omnes sitientes venite ad aquas.* Apresuraos y venid; comprad sin dinero y sin cambio alguno vino y leche. Oídme con atención, y refrigerados, y contentos, y verdaderamente satisfechos poseeréis vuestras almas en cumplida alegría. *Delectabitur in crassitudine anima vestra.*

Los hombres oyeron luego de los labios mismos de este Señor, que habia sido dado como luz de las naciones, su palabra viva, eficaz y más penetrante que espada de dos filos, como la llama San Pablo, y acudieron de todas partes á escucharla, á despecho de su ceguera, de su obstinación y de sus preocupaciones, y rectificaron con ella sus ideas, y las muchedumbres entusiasmadas hubieron de repetir al oír la esta bella confesión del Príncipe de los Apóstoles que

revela la importancia de la predicacion de Jesus: «¿A quién otro iremos, Señor, sino á ti que tienes palabras de vida eterna?»

Esa palabra civilizadora debia resonar en todos los paises, y oirse en todos los siglos, como un eco que llevaba la verdad al mundo; como una enseñanza sublime que necesitaban todos los hombres, y dijo Jesus á sus Apóstoles: «Marchad, instruid á todas las naciones. No pongais cuidado en pensar lo que habeis de decirles; yo pondré en vuestros labios mi palabra, y el Espíritu de verdad os inspirará lo que habeis de decir; y no desalentaros, porque yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

¿Y qué saben, qué pueden enseñar á los demás esos galileos ignorantes y groseros que Jesucristo ha constituido maestros de los pueblos? ¿Acaso el arte de pescar, y la manera de guiar una navicilla despreciable? Pues qué ¿no tiene Roma su Sénado, y sus lecciones? Atenas su Areópago y su Pórtico? Corinto sus vasos y sus estatuas? Efeso su templo? Alejandria sus negociantes, y la Beocia sus labradores? ¿Se eclipsaron tal vez las ciencias y las bellas artes en la patria de Fidias y Praxitéles? ¿Qué de nuevo van á enseñar á los griegos y á los egipcios, á las naciones mas cultas del universo? ¿No repetirán por ventura los sabios de todos los paises esta palabra de sorpresa y de menosprecio que los epicúreos y los estoicos dirigieron á S. Pablo en Atenas? «¿Qué nos quiere decir este sembrador de palabras, este charlatan y novelero?» *Quid vult seminiverbius hic dicere?*

Sin embargo; el mundo del politeismo, el mundo de los filósofos mas orgullosos y descreidos, oyó la palabra de los enviados de Jesus, y esa palabra fué para él, lo que habia sido para David siglos antes, antorcha luminosa que disipó los errores de sus pretendidos sabios, y luz que les alumbró el camino de la verdad que habían de seguir, levantándose de las tinieblas de la incredulidad en que vivian, de las sombras de la ignorancia, y de la muerte en que se hallaban sentados: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis*. Esa palabra les echaba en cara sus abominables supersticiones y los estraviós de su razon. Esa palabra les hablaba de Dios, y de sus adorables perfecciones; les hablaba del alma, de su destino, de su inmortalidad. Esa palabra les mostraba horizontes de

brillante é imperecedera luz, en donde el espíritu se dilata con las eternas verdades que irradian del trono esplendente de Dios. Hé aqui lo que querian decir los sembradores de palabras, como llamaban con escarnio á los predicadores del Evangelio de Jesucristo. *Quid vult seminiverbius hic dicere?*

En los siglos posteriores, y en nuestro siglo; hoy, todavia hoy, esa palabra predicada por los sacerdotes católicos, únicos dispensadores de ella, disipa la ignorancia de las tribus salvajes del Asia, del África, de la América, y de las islas de la Oceania y destierra sus preocupaciones; ella es el gérmen bienhechor de las civilizaciones modernas bien entendidas en la culta Europa; ella alumbrá el consejo de los sabios y los guía con seguridad en la inquisición de la verdad, y reprime las atrevidas pretensiones del racionalismo filosófico, y estimula al indiferentista para que abra sus ojos á la claridad purísima de los dogmas cristianos y principios de civilización, de progreso y de vida que ella enseña, y en donde no se oye no hay civilización verdadera, ni progreso legitimo, ni vida duradera; porque con ella vive el hombre, y no con solo pan: *Non in solo pane...*

Empero no es esto todo, Sr. Excmo. Os dije que esa palabra que procede de Dios, y que no es otra que la que os anunciamos desde la sagrada cátedra, es vida para el corazón. Y en efecto: el corazón, como la inteligencia, tiene sus extravíos, y así como la palabra divina disipa las sombras que nublan aquella, esa misma palabra viene á calmar las agitaciones mas violentas de este, y á señalarle el camino de la moralidad que debe seguir, y á vigorizarlo con sus máximas.

Yo convengo en que hay una regla necesaria, inmutable, eterna, independiente de las opiniones de los hombres, y anterior á toda convención que determina lo justo y lo injusto. Dios la ha grabado en el corazón del hombre, porque el hombre fué criado para ser bueno, justo y virtuoso. Ya comprendereis que hablo de la conciencia; de la conciencia que le traza sus deberes, de la conciencia que le aconseja ó le preceptúa, que le acusa ó le defiende. ¿Pero ordinariamente, que es esta conciencia para hacer oír su voz en medio de la gritería de las pasiones, de las encontradas opiniones de los hom-

bres, de las miserias de la humanidad, y de las sugerencias del mundo y del infierno? Es un eco débil que se pierde, y que fácilmente se desoye. ¡Ah! la conciencia sin religion es errónea las mas veces; sus juicios son engañosos, su fallos apasionados, y viene á ser como una estrella de brillante resplandor oscurecida por densos y negros celajes. Estudiadla y si no en la historia de los pueblos que no han oido la palabra del Evangelio. No exijais de mí que os trace el cuadro de las costumbres abominables de aquellos que nos precedieron envueltos en la oscuridad del gentilismo: la vergüenza y el deshonor de los padres no hacen jamás la gloria de los hijos.

A esa conciencia, pues, es necesario darle vida, anunciándole la palabra de Dios, y vida adquiere el hombre entonces, porque sola esa palabra, oído bien, sola ella nos inspira el sentimiento de respeto, de sumision, de reconocimiento, de amor y de adoracion que se debe á Dios; sola ella nos presta aquella dulzura inalterable, aquella paciencia invencible, aquella caridad sincera, generosa, universal, que debemos á nuestros hermanos los hombres; sola ella nos comunica la candorosa modestia, la humildad elevada, la mortificacion meritoria, la abnegacion sublime que necesitamos para nosotros mismos, virtudes que nos hacen verdaderamente grandes.

¡Oh! y cuántos elementos de vida posee esa palabra bendita y divina! ¡qué ser tan vigoroso comunica al corazon del hombre, á las familias, á los estados y al universo todo! Ella prescribe la justicia, la moderacion, el celo del bien público á los depositarios de la autoridad; el respeto, la sumision, la obediencia á los súbditos; la caridad, la pureza y la oracion á los sacerdotes; la integridad á los magistrados; la buena fe á los comerciantes; la probidad á los artesanos; la modestia, la abnegacion, la liberalidad á los ricos; la paciencia y la resignacion á los pobres; la dulzura y la humanidad á los amos; la fidelidad á los criados. Ella quiere que los maridos amen á sus esposas como Jesucristo amó á su Iglesia, y que las esposas estén sometidas á sus maridos; quiere que los padres cuiden de sus hijos, y los formen para la virtud por sus lecciones y por sus ejemplos; quiere que los hijos, de cualquiera edad que sean, vean al mismo Dios en los autores de sus dias, y no se dispensen en ningun tiempo de los deberes de la piedad filial. Ella recomienda el

pudor á los jóvenes; la prudencia á los ancianos; á todos el cuidado de hacerse irrepreensibles, y de trabajar incesantemente en hacerse mejores. En una palabra, abstenerse hasta de la apariencia del mal, y caminar á una perfeccion cuyo modelo es la perfeccion del Padre celestial.

Hé aqui, Excmo. é Ilmo. Sr., pálidamente bosquejadas las escencias, utilidad é importancia de la palabra de Dios, y hasta donde lleva la sublimidad de sus enseñanzas y preceptos para dar vida verdadera á la inteligencia y al corazon de los hombres que no viven únicamente con pan. *Non in solo pane vivit homo....*

Reflexionemos un momento mas sobre la necesidad que tenemos todos de escuchar con respeto y docilidad esa palabra de verdad y santificacion.

## II.

Lo ha dicho hace diez y nueve siglos nuestro celestial Maestro: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la cumplen.» ¡Qué promesa tan consoladora Sr. Excmo.; en nada se parece á las mentidas promesas de los hombres. En ella vemos además implícita la voluntad de Dios de que oigamos su santa palabra, y nos esmeremos en cumplimentarla, en seguir sus enseñanzas y adoptar sus máximas de salud y vida eterna.

Y despues de haber oido esa promesa, y haber entendido ese precepto, ¿cómo se explica esa indiferencia que notamos en muchos de nuestros hermanos, que los aparta de la cátedra sagrada para no oír la palabra divina, y esa falta de aprovechamiento que se deja ver en otros que la oyen? El Apóstol S. Pablo, con la oportunidad y exactitud que distinguen á sus escritos, inspirado del Espíritu Santo, ha dado anticipadamente contestacion á esas preguntas que todos los dias nos hacemos: «Vendrá tiempo, ha dicho, en que ciertos hombres no sufrirán la sana doctrina que se les predique; antes bien buscarán maestros conformes á sus deseos, y apartarán los oídos de la verdad, y los aplicarán á las fábulas.»

Esos calamitosos tiempos han llegado desgraciadamente. El siglo

XIX, tan afanoso por los intereses materiales; que con tanta avidez busca todos los progresos; que tanto ensancha el círculo de los conocimientos filosóficos que atañen á las necesidades y comodidades terrenas; que quiere vivir únicamente con pan, desdeña la enseñanza del púlpito; apenas ama la verdad de Jesucristo, camino, verdad, y vida del hombre y de las naciones; no quiere la sana doctrina de su Evangelio, predicada por los sacerdotes sus ministros; esa doctrina purísima que eleva al hombre del fango de sus miserias, y lo dirige por el camino estrecho que conduce á la verdadera vida; esa doctrina que condena los perversos deseos del hombre criminal, y endereza sus inclinaciones á lo verdadero, á lo bueno y á lo justo. *Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt.*

De esos hombres altamente desgraciados puede decirse lo que de los judíos dijo Isaías: «Es un pueblo provocativo á ira, rebelde, que degenera de la fe de sus padres, hijos mentirosos, hijos que no quieren oír la ley de Dios; que dicen á los que ven: «No veáis;» y á los que miran: «No mireis para nosotros cosas rectas;» hablando cosas que nos gusten; ved para nosotros cosas falsas.» No no anunciéis de parte de Dios lo que es justo y derecho, sino cosas acomodadas á nuestro paladar, á nuestras inclinaciones, á nuestras opiniones interesadas y bastardas, á nuestros diversos sistemas, dictados por el espíritu de mentira y de una independencia absoluta, y aunque sean errores y falsos oráculos nada importa, con tal que nos lisonjeen el gusto. *Loquimini nobis placentia; videte nobis errores.* Apartad de nosotros el camino; desviad de nosotros la senda; cese de nuestra presencia el Santo de Israel. No nos seáis molestos con esa repeticion de palabras tristes con que á cada paso nos estais metiendo miedo.» *Este es el camino; esta es la senda que os manda Dios que sigais; esto dice el Dios de Israel;* pues no queremos oír estas cosas. Dejaos del Santo de Israel, y no nos menteis tanto ese nombre.

¿Con que causamos miedo los predicadores de Jesucristo, y por esto no se nos oye? ¿Somos exagerados en nuestra predicacion, porque somos intolerantes con el error, y nunca con las personas, porque no transigimos con la moral pervertida de los filosofistas modernos, porque anunciamos máximas de severidad cristiana, y por

eso no se nos escucha, ó se menosprecia nuestra predicacion? ¡Ya se vé! nuestra palabra hasta ahora, gracias á la misericordia de nuestro buen Dios, no se ha vendido, no se ha puesto al servicio de los desatentados novadores de nuestra época para ayudarles en su obra de tinieblas y de maldad desde este lugar sagrado, ¡y por esto infundimos miedo! ¡y por esto exageramos!

Pues bien; aparte de que ningun interés tenemos en exagerar, porque la doctrina que predicamos y las amenazas que hacemos nos son comunes con los demás fieles, pues son amenazas y doctrina que á todos comprenden, y que tambien á nosotros nos afectan hondamente, rogamos por las entrañas de Jesucristo á los que tal creen y dicen que cotejen nuestras aseveraciones en el púlpito, las mas duras y terribles, con ese libro venerando donde se encuentra espresa la doctrina de Dios y su voluntad santísima. ¿Predicamos, por ejemplo, la obligacion de creer, bajo pena de muerte eterna, los dogmas de nuestra sacrosanta religion, y todo lo que enseña la Iglesia católica, apotólica, romana? Pues en S. Márcos leemos: «El que no creyere será condenado;» y en S. Mateo: «Si alguno no oyere á la Iglesia repútalos por gentil y publicano.» ¿Condenamos la indiferencia religiosa como una horrible apostasia contra Jesucristo? Pues este Señor ha dicho por S. Lucas: «El que no está conmigo, está contra mí.» ¿Anatematizamos el espíritu de rebelion contra el principio de autoridad, como un pecado de lesa majestad divina, ya sea rebelándose abiertamente contra esa autoridad, ya despreciando sus órdenes, ya dando ocasion para que otros las desprecien y desobedezcan? Pues oid á S. Pablo: «El que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion ó autoridad de Dios.» ¿Inculcamos el deber de santificar las fiestas, y cesar del trabajo en ellas? Pues en el Exodo se dice: «Acuérdate de santificar el día del sábado; este día es del Señor tu Dios; no harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas.» ¿Reprobamos el amor exagerado de las riquezas, y ese culto sacrilego que hoy nuestra sociedad consagra al lujo, á las diversiones y espectáculos públicos, y lo reprobamos como incompatible con el servicio que debemos dar á Dios? Pues «no podéis servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas;» hablo con

S. Mateo. «¡Ay de vosotros los que estais hartos de placeres y deleites, porque tendreis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque gemireis y llorareis!» Esto lo dice el mismo Jesucristo por boca de S. Lucas. ¿Insistimos en la necesidad de hacer penitencia, de mortificar la carne con la abstinencia y el ayuno, y tanto que de no hacerlo no tendremos vida con Jesus? Pues esto está consignado en ese mismo sagrado Evangelista cuando ha dicho: «Si no hiciéreis penitencia todos perecereis de la misma manera.»

Esta doctrina, A. M., ya veis no es doctrina del hombre; no es su palabra apasionada; es palabra de Dios, y no otra cosa que esta palabra es la que predicamos, sin exagerar, sin contristar á los pecadores, y si se contristan segun Dios, tristeza que engendra penitencia estable para la salud, ¡oh! en ello nos gozamos en gran manera, como en igual caso decia S. Pablo, porque queremos la salvacion de todos los hombres sin escluir á ninguno. Esta conducta verdaderamente apostólica, conforme con la prescripciones de nuestro divino Maestro Jesucristo, que no debemos, que no podemos variar sin vilipendiar nuestro sagrado ministerio, sin avergonzarnos del Evangelio, y cometer una cobarde apostasia, no contenta á los hombres del siglo, y por esto no nos oyen, ú oyéndonos nos desprecian; y hé aqui por qué buscan otros maestros que no seamos nosotros, otros maestros que se amolden á sus insensatos deseos. *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros.*

De esos maestros de la corrupcion hablaba ya en sus dias el profeta Ezequiel: «Ven cosas vanas, decia, y adivinan mentira diciendo: dice el Señor; siendo así que el Señor no los envió, y persistieron en afirmar su dicho, y engañaron á mi pueblo diciendo: paz, y no hay paz.» Y en los dias en que vivimos, ¿no son ellos los que han levantado aquella cátedra de pestilentes doctrinas de que hablaba David, dando á los incautos vanas esperanzas de felicidad en su emancipacion insensata de la Iglesia católica, y de sus preceptos, y de sus firmisimas creencias? ¿No son ellos los que seducen á las muchedumbres, concitándolas á la sedicion, y empujando á los infelices á esa utopia desastrosa del socialismo, del comunismo, de la nivelacion de fortunas, haciéndolos viles instrumentos de sus miserables pasiones? ¿No son ellos los que mofándose del sacerdocio y

de los sacerdotes católicos, sin perdonar al primero de ellos en el orden gerárquico, ultrajan su augusto ministerio, lo encarnecen y lo hacen abominable? ¿No son ellos los que, predicando todas las libertades, enseñan que se pueden lícitamente usar todos los placeres de la vida; que las diversiones todas del mundo son inocentes pasatiempos; que Dios no es tan severo, ni castiga con tanto rigor los pecados despues de esta vida; que el camino del cielo no es tan estrecho como se pinta, y otras enseñanzas tan erróneas, tan impias y disolventes?

¡Ah! ellos son los que adormecen al pueblo sencillo, ¡pobre pueblo! prometiéndole de esta manera paz, y la paz está muy distante de sus maquiavélicos planes, de sus labios, de su corazón y de sus obras: *Dicentes: pax, et non est pax*. Esa predicación subversiva de todos los deberes, se hace todos los días en los talleres, y en los consejos tenebrosos de los novadores, en los cafés y en los teatros, de palabra, y en esas producciones asquerosas que diariamente arroja la prensa entre las masas populares, sin temor á Dios ni á las leyes, para exaltar sus pasiones, fomentar sus odios, matar sus creencias religiosas, secar su corazón, y exacervar sus necesidades y sus dolores: *Dicentes: pax, et non est pax*.

Este es, Sr. Excmo., el deplorable resultado de apartar los oídos de la verdad, predicada por los sacerdotes de Jesucristo, para aplicarlos á las fábulas, á las doctrinas falsas, á las máximas sensuales y corruptoras de los apóstoles de la mentira y del mal: *A veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur*. Desprecian á los predicadores del santo Evangelio, y no saben que desprecian-dolos, desprecian al mismo Jesucristo, así lo ha dicho este Señor. En tanto que el que los oye, oye á este divino Maestro que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, porque su palabra es la vida del hombre: *Non in solo pane vivit homo...*

Una palabra mas, Excmo. é Ilmo. Sr., y concluyo. Yo reto, invocando los sagrados fueros, no tanto de la religion, como los de la razon humana, los del sentido comun, los de la esperiencia siquiera, hasta los mas implacables enemigos del catolicismo á que nos digan: ¿Quién, oyendo la elocuente palabra de nuestro Dios en estas santas asambleas, ha retrocedido en su carrera de civilizacion y

de cultura? ¿Quién no ha aprendido alguna cosa en ellas, por sabio que se le considere, ó al menos ha dejado de rectificar sus apreciaciones en puntos que atañen á la verdad eterna? ¿Quién ha salido de nuestros sermones para ir á maltratar á su esposa, para manchar el tálamo nupcial, ó escandalizar á sus hijos con los extravíos de su corazón, ó con la maldad de sus obras? ¿Quién al acabar de oír la palabra divina de los labios del sacerdote de paz ha ido á buscar á su enemigo para injurarlo, ó á reunirse con otros hombres para atentar contra el orden público, ó contra los bienes y los derechos de sus hermanos? ¿Quién, oyendo esa palabra de santificación y ventura, no ha entrado en cuentas consigo mismo alguna vez respecto al cumplimiento de sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo; no ha recordado los sagrados intereses de su alma, y ha dejado de pensar en la eternidad, en los altísimos é importantes misterios de la eternidad? Ninguno.

Luego si así sucede, A. H. M., lo cual nunca se verifica con esas otras predicaciones irreligiosas, antisociales y corruptoras del corazón, ¿por qué ese desden, ó esa falta de docilidad en oír la palabra de nuestro Dios? Hemos visto que ella es luz que alumbrá la inteligencia; pues busquemos con avidez sus bellísimos resplandores, y no andaremos entre tinieblas, y tendremos la lumbre de la vida eterna. Ella es alimento saludable del corazón que no puede substituirse por otro alimento alguno; pues abramos nuestro corazón á los nobles y elevados sentimientos que inspira, y tendremos vida verdadera llena de robustez, de esperanzas y de gloria. No veais, por Dios, en sus predicadores una exageración que no existe para condenar el error y el pecado; no busqueis en ellos predicadores vanidosos que se atemperen á vuestras indiscreciones, halagando vuestro oído con frases lisonjeras, con mentidas promesas de felicidad, con quiméricas esperanzas que nunca se realizan, como hacen aquellos declamadores del siglo para atraeros á sus extravíos, y miraos en el fango de sus delirios y miserias. Antes bien oidlos, principalmente en estos santos días en que nos hallamos, con la mas posible frecuencia, pues el alma, mas que el cuerpo, necesita alimentarse, y este alimento es las santas instrucciones y los sentimientos de bondad; oidlos con respeto, pues son los embajadores

de Dios, como los llama San Pablo, sin atender á la medida de los talentos y de las dotes oratorias que el cielo les haya concedido; oidlos en fin con docilidad, aprovechándoos de sus enseñanzas, y con la resolucion de guardarlas en el secreto de vuestras almas para meditarlas incesantemente. *In corde meo abscondi eloquia tua.* Asi lo hizo la Virgen Santísima, Madre nuestra muy querida, á quien debemos imitar, que conservaba todas las palabras de su divino Hijo en su corazon, y con ellas adelantó de virtud en virtud, hasta merecer la gloria de ser Reina de todos los Santos. ¡Ojalá vosotros, persuadidos de que no con solo pan vive el hombre, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios, pongais en esta vuestros cuidados, y en cambio se os dará la bienaventuranza de la gloria, que dura por los siglos de los siglos! Amen.

O. S. C. S. R. E.



